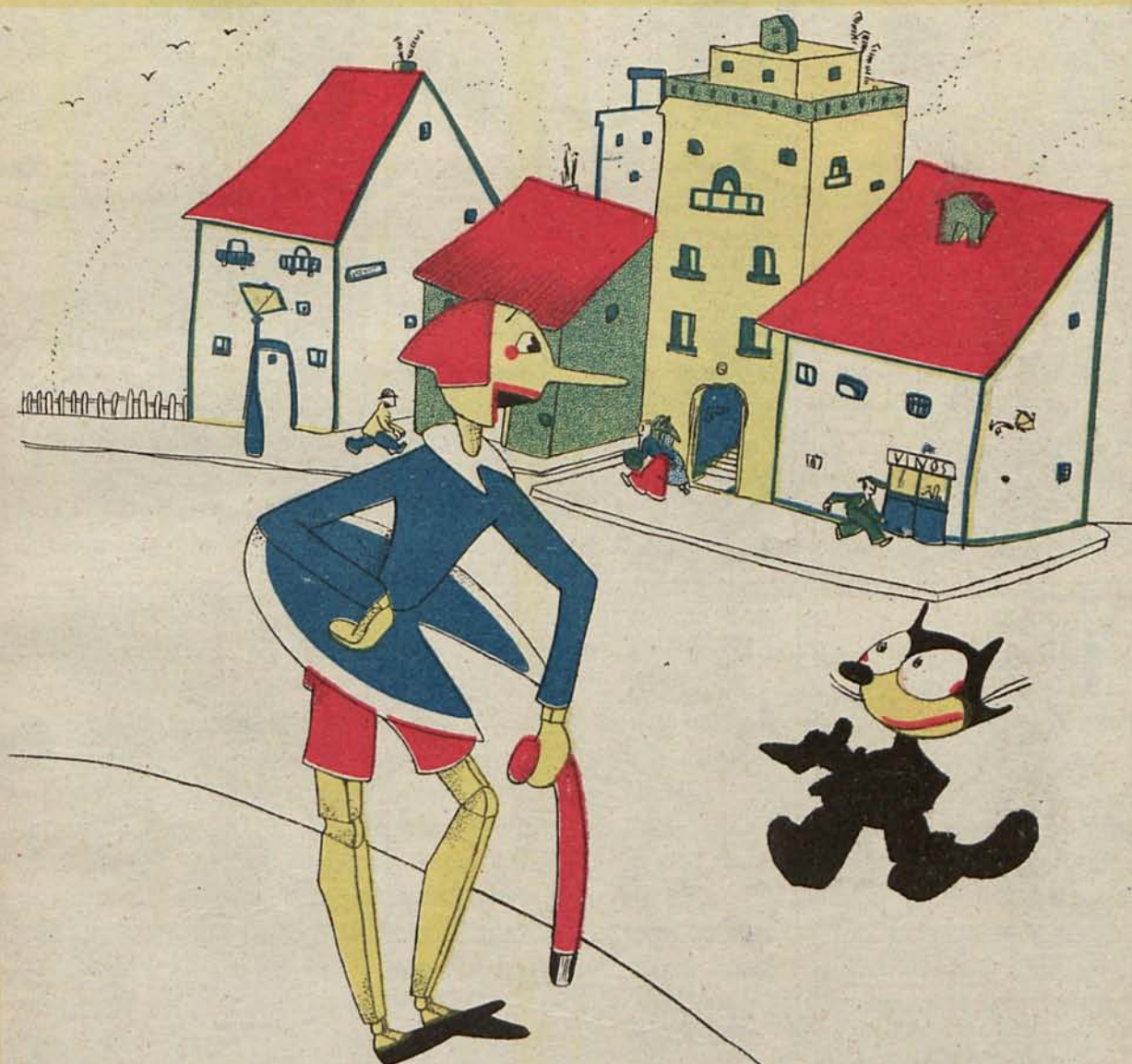


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 224

25 cts

2. JUNIO
1929



- HE TENIDO UN CONSTIPADO QUE ME HA COSTADO TRES PANTALONES.
- ¿PERO TE SUENAS CON LOS PANTALONES, PINOCHO ?
- NO, ES QUE AL ESTORNUDAR, LOS REVIENTO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

—Telegrafía al
Hotel d'Angleterre en Suez o
bien al *Hotel della Spianatta*

en Bombay. Tú podrás parar, una vez en el Cairo, en el *Pandellini's Hotel*. Te escribiremos a esas señas.

—Convenido. No necesitare renovar mis recomendaciones. Ya sabéis que Enrique...

—Tu insistencia podría ofendernos si no supiéramos que sólo la sugiere el deseo de ayudar al amigo perentoriamente.

Sonó la campana, dominando con su tañido el estruendo ensordecedor de los trenes que llegaban y las locomotoras que silbaban o mugían. Yo tuve apenas tiempo de saltar a un carruaje de primera clase antes de que el tren comenzara a moverse con un lento chirrido de frenos y de ruedas.

—¡Hasta la vista!

—¡Buen viaje!

—¡Buena suertel

No iba yo solo en mi departamento. Frente a mí, la inevitable pareja de ingleses, con los accesorios habituales, sin que faltara el libro rojo posado en las rodillas demacradas de la *lady* y en mi misma banqueta, en el rincón opuesto, un señor que frisaría en los cuarenta, cuyo traje no era ciertamente el más indicado para un viaje. Un abrigo ligero de noche dejaba percibir la pechera blanca y el frac; y el flamante sombrero de copa, los zapatos de charol y los bordados calcetines pregonaban a las claras que el extraño viajero debía de haber dejado una fiesta de improvisado y corrido a la estación sin tiempo siquiera para cambiar de traje. De

todos modos me pareció el hecho inexplicable porque estábamos en pleno día y el misterioso personaje aparentaba acabar de instalarse en aquel mismo momento. Al entrar yo había vuelto la cabeza hacia mí y con rápido y nervioso movimiento habíase abrochado el sobretodo que se le abría sobre la amplia camisa inmaculada; y luego, vivamente, se había medio extendido sobre el almohadón como para dormir.

Después de la estación de Sasso, entró el revisor, y yo le presenté mi billete que él talaró con prisa, teniendo que tocar luego en un hombro a mi original compañero de viaje para proceder a la comprobación usual.

—Se ha confundido usted de tren. Este billete—le dijo examinándolo—es valedero desde París a Brindisi. Debía usted haber seguido para Brindisi, mientras que este tren va a Roma.

—Comment? (1)

El empleado repitió su observación en un francés algo estropeado pero a la vez bastante inteligible.

—Ya lo sé—respondió el viajero echando mano a la cartera.—Pago la diferencia.

Volvió luego a acomodarse sobre el almohadón y a poco pareció de nuevo aletargado. Los ingleses dormitaban también enfrente de mí, cabeceando hacia adelante al monótono traqueteo del convoy, que huía vertiginosamente entre campos de verdura, al pie de los Apeninos. Pero en una estación secundaria, a donde llegamos al caer la noche, se apearon los dos hijos de Albión y yo me quedé solo con el singularísimo viajero. Este había ya sacudido el sueño y se había asomado a la ventanilla para preguntar el nombre de la localidad. Consultó el reloj

(1) Cómo?

después, y cuando el tren volvió a arrancar, recobró su postura favorita, pero siguió con los ojos abiertos y fijos en el girón azul de cielo que recortaba la ventana, y que, con la luz cada vez más escasa, íbase poco a poco obscureciéndose.

Mi compañero, que no me había dirigido una palabra, pero cuyas miradas había yo sentido posarse en mí dos o tres veces, había empezado por interesarme, pero confieso que acababa ya por preocuparme un poco. Cerraba la noche, y yo, para dar luz, hice funcionar el pulsador de la llave de electricidad. La diminuta lámpara se encendió y desde lo alto del techo iluminó el departamento en forma que a lo menos pudiéramos vernos las caras. A decir verdad, yo no me sentía muy seguro, sobre todo porque desde que nos habíamos quedado solos, el caballero del frac parecía observar todos mis gestos no perdiéndome nunca de vista... Empecé a hacer algunas conjeturas, y el continente del desconocido me pareció más sospechoso cada vez. Es increíble hasta qué punto adquiere importancia y significación el menor de los ademanes de una persona cuando se teme que de ella pueda venirnos algún peligro. Yo pensé en los robos y asesinatos tan frecuentes en caminos de hierro, y me pesó no haber seguido el consejo de Ralph proveyéndome de armas. Al alzar los ojos, ví no obstante pendiente del techo el botón de la señal de alarma y me tranquilicé en parte. Pero decidí continuar despierto, aunque tenía grandes ganas de dormir; por eso, levantándome de mi asiento y volviéndome de espaldas a la portezuela, me puse a fumar varios cigarros uno tras otro, mientras proseguía mi soliloquio y completaba mis suposiciones.

¿Quién podría ser mi extraño acompañante? Y ¿qué necesidad podía haberle obligado a salir tan de improviso de París con un destino tan lejano? Y ¿por qué, dirigiéndose a Brindisi, en Bolonia había cambiado de itinerario tomando

otra dirección, que era la mía justamente? Todos estos hechos, de plena evidencia, ¿eran fortuitos o se producían a consecuencia de mi salida de París y del camino por mí escogido para llegar al término de mi viaje? Pensando bien en esto, me pareció tan raro, como no tuviese inmediata y directa relación con la causa que me movía a ser uno de los protagonistas en aquella aventura novelesca, que no pude menos de persuadirme de que mi persona y el asunto de Enrique no debían ser extraños al viajero sospechoso, el cual, tumbado siempre en su banqueta, parecía ahora haber cogido el sueño dos veces interrumpido.

A media noche se llegó a Florencia. Me aproveché de los veinte minutos de parada para bajar a tomar un ponche; y volviendo a montar en el tren, cambié de departamento y escogí uno en que se hallaban otros tres viajeros. Estaba rendido, y anhelaba cerrar un rato los ojos y descansar con la seguridad de no ser turbado por ningún incidente desagradable. Antes de que el tren volviera a ponerse en marcha, el señor de la chistera recorrió el pasillo y lanzó al departamento una fugitiva ojeada como para asegurarse de que yo estaba allí. Pasó otra vez, para volver a su puesto, y miró todavía, pero sin volver la cabeza, esperando que yo no me enterase. Y ya no le ví más hasta Nápoles, donde me lo encontré al lado, saliendo de la estación.

Traté de sortear la vigilancia del importuno, volviendo sobre mis pasos y metiéndome en la cantina; y cuando estuve cierto de que ya no me pisaba los talones, salí al exterior, y subí al carruaje del Hotel.

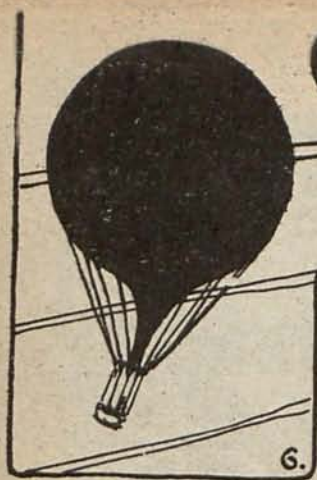
Debía permanecer allí hasta la noche del siguiente día para aguardar el vapor procedente de Génova. Me instalé, pues, en el *Hotel Royal des Etrangers*. Pero también allí, por la noche, en la mesa redonda, tuve la poco grata sorpresa de verme frente a mi compañero de viaje.

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA





UN DRAMA

EN EL AIRE

POR E. ALGARÓ

Gesticulaba como un molino de viento dando las últimas órdenes a los hombres que sostenían las cuerdas recordándoles que

sólo las soltasen de pronto cuando él lo mandase.

Por fin, el grito de soltad «¡soltad las cuerdas!» salió con voz tonante de sus labios.

El *Tago* se elevó, llevando consigo a los dos audaces aeronautas. Pero apenas se hubo despegado del suelo, resonó un enorme grito de horror de los labios de la muchedumbre que cesó de repente en sus aplausos.

—¡Parad, parad!

Y al mismo tiempo se oyó otra voz desgarrada que sonaba bajo la barquilla:

—¡Socorro, señor Blanco! ¡Socorro mi teniente!

Sorprendido el oficial por aquella desesperada llamada se encorvó sobre la borda de la barquilla mientras veinte mil brazos se elevaban y diez mil voces repetían con fuerza cada vez mayor:

—¡Parad, parad!

¡Parad! Aquello no era un tren ni una máquina.

El *Tago* se elevaba cada vez más rápidamente en el espacio impulsado hacia el mar por una fresca brisa de levante.

No elevaba sólo al aeronauta y al oficial: otro hombre venía además arrastrado en su ascenso hacia lo alto del espacio y ¡en qué terribles condiciones!

Era uno de los soldados que habían sido destinados a sostener con las cuerdas al aerostato.

En el momento en que el señor Camarghaos gritó «¡soltad!» el desgraciado no tuvo tiempo de desenrollarse del brazo el cordel y de este modo quedó colgado y suspendido en lo alto.

Le faltó en aquel instante preciso el valor para dejarse caer y además el *Tago*, soltado de improviso, dió tan enorme salto, que le había hecho dudar del buen éxito de aquel intento de salvación.

El teniente lanzó a su vez otro grito de horror, pues al mirar a aquel pobre soldado que se sostenía tan

aferradamente agarrado a la cuerda y con las fuerzas enormes que da la desesperación, reconoció a su propio asistente.

—¡Señor Camarghaos! —gritó dirigiéndose hacia el aeronauta que miraba hacia el mar brújula en mano, para determinar la dirección que tomaba el globo —¡que llevamos otro pasajero más; vamos a salvarle o hagamos bajar al globo!

El aeronauta que al parecer no se había apercebido de nada por ir tan absorto en sus observaciones al oír aquellas palabras se volvió hacia él con la frente fruncida.

—¿Bajar ahora?—exclamó— No será Camarghaos quien cometa semejante locura.

Si no tenía usted valor suficiente para emprender un viaje de esta naturaleza con el más célebre de los aeronautas ¿para qué viene? debió haberse quedado en tierra. Yo no bajo, sinó que subiré, subiré mucho,.. mucho,.. hasta la luna.

—Es que llevamos a un hombre colgado debajo de nosotros—gritó el teniente.

El aeronauta pareció que hacía un esfuerzo por comprender las palabras del oficial, más luego, encojiéndose de hombros, replicó:

—Es el miedo que usted tiene que le ha vuelto loco..

¡Ya no se nace aeronauta! ¡Arriba, cada vez más arriba! ¡fuera lastre! ¡Vamos a fumarnos un cigarrillo en la Luna!

El señor Camarghaos no parecía el mismo de antes.

Sus ojos tenían extraños fulgores, su frente estaba fruncida en pliegues y sus delgados labios se recogían en sonrisas que infundían espanto. ¿Se había vuelto loco de repente o era un ser original más peligroso que un demente?

El teniente, sorprendido y asustado por aquel inexplicable cambio, retrocedió hasta el opuesto extremo de la barquilla, diciéndole:

—¿Qué le pasa, señor Camarghaos? Le he dicho que llevamos colgado bajo la barquilla a uno de los hombres que sostenían las cuerdas y que el desgraciado está a punto de caerse al abismo.



—¡Que se caiga al mar! —contestó friamente el aeronauta—. Debió haberse quedado en tierra. Ese triple imbécil me a impedir que llegue a la Luna.

—¡Descendamos a tierra yo se lo ruego!

—¿Descender yo? —gritó el aeronauta.

¿No sabe usted que yo he gastado toda mi fortuna para comprar este globo y volar hasta la Luna? ¿Quiere usted bajar? ...¡Atrévase!..

Y con agilidad de cuadrupedo se encaramó en la borda de la barquilla a riesgo de perder el equilibrio y precipitarse en el vacío y trepó hasta el aro de madera llevando entre los dientes un cuchillo de maniobra.

Antes de que el teniente hubiese podido comprender el motivo de todo aquello, el aeronauta cogió la cuerda correspondiente a la válvula de seguridad y con rápido y seguro golpe la cortó arrojando el trozo al mar.

—¡Baje, baje ahora si se siente capaz de hacerlo! —dijo con risa que helaba— Camarghaos llegará hasta la Luna y usted también conmigo aunque no le guste hacerme compañía. ¡Arriba! ¡arriba! cada vez más alto!...

El teniente, aterrado, permanecía inmóvil mirando con espanto a aquel hombre que se balanceaba sentado en el aro de madera, y por su mente surcó la idea de que era víctima de algún demonio.

Un grito desgarrador le sacó del estupor que le producía la conducta del aeronauta.

—¡Ayúdeme señor teniente! no puedo tenerme más. ¡Estoy a punto de soltarme!...

—¡Ayúdeme, canalla! —gritó el oficial mostrando a

Camarghaos los puños amenazadores— ¡Tenemos que salvar a ese hombre!

El aeronauta ni siquiera se dignó contestar. Miraba el mar que se extendía dilatado y sombrío bajo el globo y calculaba distancias, gesticulaba con los brazos como si verificase maniobras inexplicables.

El teniente comprendió que nada podría obtener de aquel hombre cuyo cerebro debía haberse descon-

certado de repente. Lanzó en derredor de sí una mirada desesperada buscando algo con que poder ayudar a salvarse al asistente. Al fin sus ojos divisaron una escala de cuerdas: la cogió, ató uno de sus extremos en la borda de la barquilla y en un segundo la lanzó al vacío.

—¡Antonio! —gritó.

—¡Agárrate!

El soldado, pobre muchacho que apenas tenía los veinte años, se balanceaba de aquí para allá, en el extremo inferior de la cuerda siete metros por bajo de la barquilla. Estaba pálido como un cadáver y sus grandes ojos negros expresaban una angustia inenarrable. Sus dedos delgados y nerviosos atenazaban la cuerda con suprema energía, más se veía que sus fuerzas poco a poco se iban extinguendo.

Por fortuna la escala era suficientemente larga. El soldado tuvo un momento de vacilación temiendo que no fuese bastante fuerte para resistir su peso, pero el instinto de conservación fué más fuerte que el mismo miedo.

Alargó primero una mano después la otra, y soltó la cuerda, metiéndolas piernas por el último travesaño de la escala.

—¡Sube, valiente! —le gritaba el oficial.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



CUANDO CERVANTES DESCUBRIÓ AMÉRICA YA DIJO AQUELLO DE "HUMO LAS GLORIAS DE LA VIDA SON"

¿PERO NO LA DESCUBRIÓ NERÓN?

NO, HOMBRE. ESE FUE EL QUE ESCRIBIÓ EL QUIJOTE



ME VOY A LA AZOTEA A DESPEJARME UN POCO, CURRINCHE. A MI, ESTAS DISPUTAS LITERARIAS ME CARGAN LA CABEZA

EN SEGUIDA SUBIRÉ YO TAMBIEN

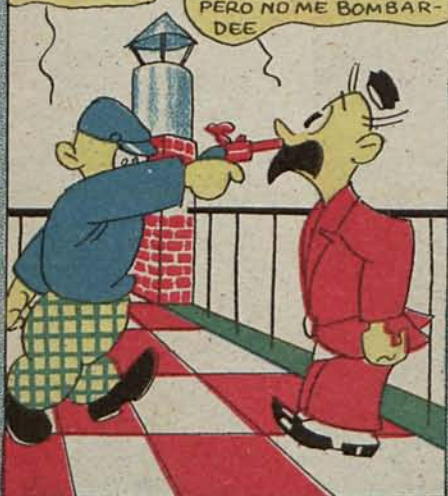


¡QUÉ HERMOSO PANORAMASE VE DESDE AQUI! ¡QUÉ LASTIMA QUE ESTÉ TAN ABAJO!



¡LA BOLSA O LA VIDA!

BUENO, SEÑOR LADRÓN, YO LE DARÉ LA BOLSA, PERO NO ME BOMBARDEE



ESE TIO BANDIDO VA A VER AHORA QUIEN SOY YO

¿NI UNA PERRA?
NI UNA



¡PLAFF! ¡YA HAS CAIDO EN LA RATONERA!



ERES UN VALIENTE CURRINCHE. TE CONVIDO AL CINE AHORA MISMO

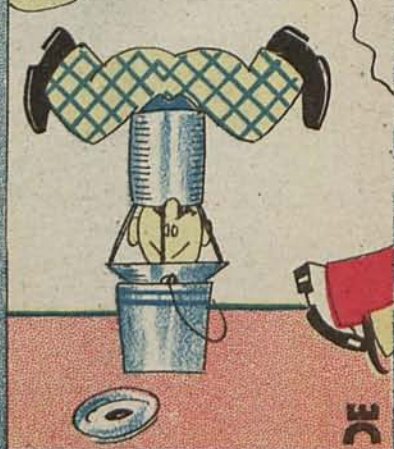


OYE, NIÑO ¿Y QUE HACEMOS AHORA CON ESTE TIO?

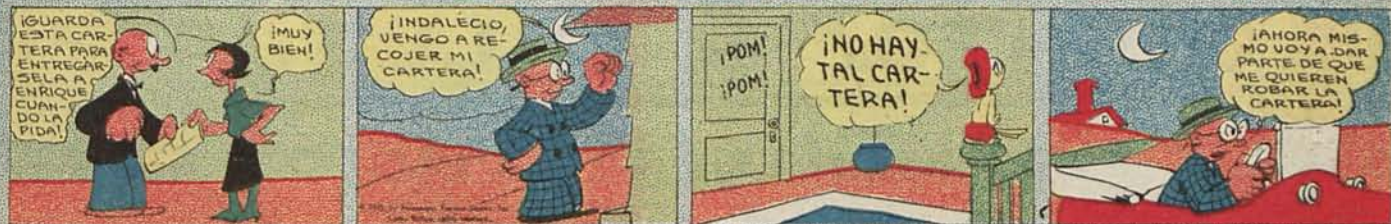
LO PONEMOS BOCA ABAJO ENCIMA DE ESTE CUBO Y.....



.... CUANDO VÓLVAMOS DEL CINE YA VEREMOS LO QUE HACEMOS, CON EL



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Los Pitillos del Diablo

Castillo

ARTURO había tenido el mal gusto de empezar a fumar siendo un niño, por dárselas de hombrecito. Muchos como él adquieren ese vicio dañino y caro; fuman al principio sin placer y hasta con repugnancia; luego el vicio se les arraiga y cuando quieren dejarlo porque les enferma, no pueden hacerlo fácilmente.

Arturo, por su desgracia, adquirió pronto la necesidad ficticia de fumar, y a los doce años no desperdiciaba ocasión de saborear un pitillo.

Era hijo del juez de aquel partido, quien, con motivo de su cargo, tuvo que prender a una mujer a quien se tenía por bruja.

Se contaban de ella las cosas más absurdas. Unos, decían que todas las noches salía por el tubo de la chimenea, montada en una escoba y arrojando llamas por las narices; otros, que había cocido a fuego lento a varios niños para formar un ungüento misterioso que hacía maravillas; y, por fin, no faltó gente razonable que dijera de ella que sólo se trataba de una embustera redomada y una pícara de siete suelas.

El hecho es que Don Justo de la Vela y Arreburro, que tal era el nombre del juez, recibió una denuncia en regla, y se vio precisado a prender a la bruja, embargando al propio tiempo cuanto en su casa se encontró.

Entre otras cosas, figuraba una petaca con cigarros.

Quedaron aquellos objetos sobre la mesa del juez, donde Arturo vio la petaca, y, aprovechando un descuido, se apoderó de aquel objeto codiciado.

Dueño ya de la petaca, encerróse en su cuarto, y, sentado en una butaca, sacó un cigarrillo.

La verdad era que aquellos pitillos estaban muy bien hechos; el papel era fino y transparente, y a través de él se percibía el agradable aroma del tabaco. ¡Ánimo, pues!

Enciende Arturo un fósforo, lo aproxima al cigarro, da una chupada y, ¡oh portento!, suena un horroroso estallido, se ilumina vivamente la habitación y brota del suelo una monstruosa figura. Era el diablo, el propio Belcebú, con cuernos dorados y vestido de rojo.

—¿Qué me quieres?—preguntó inclinándose respetuosamente.

Arturito quedó inmóvil de espanto.

—Yo... no...—balbuceó Arturo, que tenía la boca seca de terror.

—Pues, entonces, ¿por qué has encendido ese cigarrillo? Más tranquilo ya el niño, viendo que el diablo nada le hacía, le dijo:

—Yo quisiera un talismán para que todo cuanto deseo se me realice.

—Serás servido—contestó el diablo;—pero te advierto que tu vida y el talismán van a correr la misma suerte. Cada deseo cumplido hará disminuir el talismán, y tu vida se abreviará en la misma proporción.

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una varita y la entregó al muchacho.

—Vete ya—dijo éste.

—No puedoirme si no apagas el cigarro—contestó el demonio.

Arturo así lo hizo, y el diablo desapareció estruendosamente.

Sin preocuparse de las consecuencias que pudiera traerle aquel endiablado regalo, Arturo cogió la varita alegremente, como diciendo: ¡el mundo es mío!

—Por de pronto—exclamó—, quiero una pipa que esté siempre llena de tabaco.

En aquel momento, de debajo de una losa surgió una espléndida pipa turca humeando y con larga boquilla, a la cual se aplicó inmediatamente Arturo. A la segunda bocanada de humo, quedó tan harto de tabaco, que, tirando la boquilla, se marchó al Colegio donde aquella tarde tenían gran partido de fútbol.

Comenzó Arturo a jugar y notó en seguida que el balón parecía esclavo suyo. Si Arturo chutaba, era *goal* seguro: no había quien se le pusiera por delante; el balón le ayudaba a regatear y a esquivar las acometidas de los contrarios: no había quien le arrebatase el balón, ni intentaba una jugada que no le saliera bien. Todos sus compañeros estaban asombrados y al acabar el primer tiempo, el *team* de Arturo tenía 52 *goals* a 0, resultado desconocido en los anales del fútbol.

En el descanso surgió una disputa, y de ella una pelea; todos se coligaron contra Arturo, y todos fueron vencidos. Le bastaba levantar la mano para que todos a un tiempo recibieran una cruel bofetada.

Volvió el niño solo a su casa, y allí tuvo la idea de volver a contemplar su varita; ¡horror!, había menguado más de dos dedos.





Al mirarse Arturito en un espejo se encontró notablemente cambiado; había envejecido diez años en dos horas.

Aquello fué el principio de un espantoso suplicio. Arturo aterrado por los efectos de sus deseos cumplidos, que amenazaban hacerle morir de viejo en dos o tres semanas, se propuso *no desear nada* mientras no hubiese algo verdaderamente digno de sacrificar años de vida por lograrlo. Pero eso es tan difícil que puede calificarse de imposible. ¿Quién no desea algo, grande o pequeño, a cada instante?

Y Arturo envejecía, envejecía sin cesar. Sus padres, alarmados, llamaron al médico, y éste después de reconocerlo, dijo:

—Este joven no está enfermo, y, sin embargo, va a morir pronto de viejo siendo un niño todavía. Hay algo misterioso que mina su existencia.

En vano se le preguntó; nunca quiso revelar el origen de su sufrimiento. Tenía accesos de mal humor, y en uno de ellos quiso que le saliera al alcalde una verruga en la nariz, y, en efecto, a los pocos minutos la autoridad municipal tenía las narices lo mismo que una alcachofa.

En otro rato de melancolía se empeñó en que a Don Sisebuto del Pirulí, que le daba lección de francés, le salieran orejas de burro, y, en efecto, el pobre Don Sisebuto se encontró, de la noche a la mañana, con un par de orejas de pollino que valían cualquier cosa.

Pero la varita llegó a ser tan pequeña, que a pocos más deseos se acabaría, y con ella la existencia de Arturito.

Por fin, un día, viéndose en trance de muerte, y temiendo por su alma, llamó al cura del pueblo y le confesó su situación. El buen sacerdote estuvo un rato pensativo, y al cabo dijo:

—Realmente, amigo Arturo, estás en grave peligro de condenarte. El diablo nunca dió nada de balde, y, por tanto, cree tener segura tu condenación. Pero tenemos armas con que combatirle y medicina con que salvarte. Cuatro garrotazos bien dados a tiempo, y verás cómo desaparece ese diablejo de baja estofa. Mañana, a las doce en punto, enciende otro cigarro de éstos, con objeto de que el demonio acuda. Dile que quieres verle en el aire; y cuando esté en él, dí en voz fuerte: ¡Bien!, para que te oigan los de casa, y ya no te preocupes de nada; obrando bien, nada tienes que temer del enemigo.

Al día siguiente, en efecto, a las once y media, todos los de la casa se hallaban re-

unidos en la habitación inmediata a la de Arturo.

Sacó éste un cigarrillo de la endiablada petaca y lo encendió. Sonó el estampido que anunciaba al demonio, y éste apareció sonriente.

—¿Qué me quieres?—preguntó.

—No te he visto nunca volar—respondió Arturo—y desearía que dieras un par de vueltas por esta habitación.

—¡Al momento!—dijo Satanás.

Y de un salto se puso en el aire y comenzó a dar vueltas por el cuarto.

—¡Está bien!—gritó Arturo.

Y en el acto se precipitaron en la habitación cuatro mozos provistos de garrotes.

—¡Ah, bribón!—rugió Satanás—. Apaga el cigarro y déjame marchar.

—No; tiene buen tabaco y voy a apurar hasta la colilla.

Los mozos sacudieron fuertes estacazos contra el demonio, sin dejarle escapar de la estancia.

—¡Perdón! ¡Perdón!—gritaba.

—No hay perdón para tí si no vuelve Arturo a la juventud.

—¡No quiero!—aulló el demonio.

—¡Duro con él!—gritó uno.

Y los otros mozos apretaron la mano de tal modo, que Satanás gritó.

—Basta: haré lo que queráis.

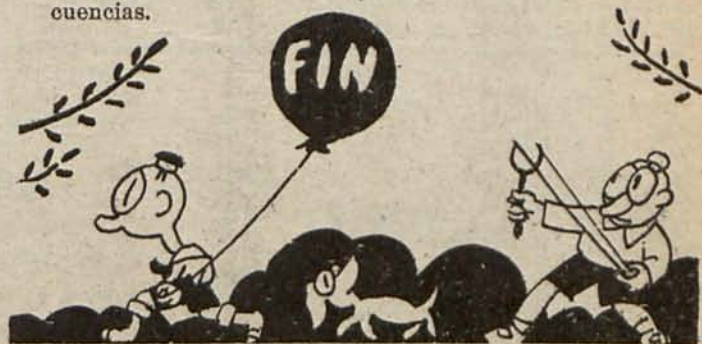
Y, dando un soplo sobre Arturo, hizo desaparecer sus arrugas y sus canas, volviéndole el vigor de la juventud. Pero el soplo apagó el cigarro, y el diablo no volvió más.

Arturo ahora vive en paz.

Y es lo que dice:

—Con ese vicio hubiera estado a punto de morir y de condenarme.

Los vicios más pequeños suelen traer funestas consecuencias.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días mi querido Chonón.
—Felices mi sabio buho.
—¿Traes muchas ganas de hablar hoy?
—Las de siempre. Pregunta lo que quieras; aquí me tienes a tu completa disposición.
—¿Recuerdas que hace poco me dijiste que en el centro de la tierra había mucho fuego?
—Lo recuerdo perfectamente y lo sostengo. La prueba la tienes en los volcanes. Por esas enormes bocas que se llaman cráteres, escapa ese fuego central. ¿Lo dudas acaso?
—Yo no dudo nunca nada de lo que tú me dices. Tu sabiduría da un valor muy grande a tu palabras. Pero es que yo después que terminamos nuestras charlas y nos retiramos cada uno a nuestras habitaciones, me pongo siempre a pensar sobre lo que hemos charlado y a veces surgen en mi imaginación complicaciones que necesitan de tu ayuda para aclararlas. Hoy te traigo una de ellas.
—Así me gusta que pienses las cosas. Tú serás con el tiempo un gran hombre. Tu enormísima cultura te servirá de mucho. Pregunta lo que quieras.
—Si en el centro de la tierra hay tanto fuego como dices, y el fuego necesita de aire para alimentarse ¿cómo puede arder este fuego del centro del mundo si no le llega el aire del exterior? He aquí el problema que yo mismo me he planteado.
—No hay tal problema, amigo Chonón. Arrancas de un supuesto equivocado y eso es todo. El fuego que hay en el centro de la tierra no arde.
—No te entiendo. Ahora me has complicado más el problema. Acabas de decirme que ese fuego no arde y a mí no se me alcanza que pueda existir un fuego sin arder.
—Pues en esa falta de alcance estriba precisamente tu error. Llamamos fuego a todo lo que despidе luz y calor, pero una cosa puede despedir luz y calor por el hecho de estar caliente y sin embargo no arder.
—Cada vez me confundes más, mi sabio buho. Háblame con más claridad porque si no, a pesar de la luz y del calor, me quedo a oscuras.
—Te citaré unos ejemplos que seguramente te aclararán tus dudas. Si echas al fuego un trozo de madera se quemará y producirá luz y calor.
—Y arderá.
—Evidentemente. La luz y el calor se producirán al arder la madera. Pero si en vez de un trozo de madera echas al fuego un barra de hierro, verás que al poco se pondrá incandescente y producirá también luz y calor, pero no podrás decir que el hierro está ardiendo, sino que está incandescente o al rojo.
—Tienes razón. No todas las clases de fuego puede decirse que arden.
—Cuando una cosa arde es porque hay combustión y para esto hace falta mucho calor y oxígeno. Una cosa, para arder, necesita estar en contacto con el aire, que es donde se halla el oxígeno. En cambio para que una cosa se ponga incandescente solo necesita calor, pero no hace falta para nada el aire.
La prueba la tienes en las bombillas eléctricas. El filamento se pone al rojo y de esta incandescencia irradia luz y calor y sin embargo dentro de la bombilla no hay aire, porque se ha hecho el vacío al fabricarla. Comprenderás además que si el filamento ardiese como la madera que se echa al fuego, no duraría ni un segundo, porque es tan fino como un pelo.

—Tienes muchísima razón. Comprendo perfectamente que todo lo que es fuego no arde.
—Pues entonces fácil te será también comprender que si el fuego que hay en el centro de la tierra es producido por materias que se hallan en estado de incandescencia, pero que no arden, no precisan del aire para nada. Es decir que el centro de la tierra no arde y se halla solamente en estado de ignición.
—¿Por qué sale entonces por la boca de los volcanes?
—Porque la elevadísima temperatura de este fuego produce la evaporación constante de gases y la liquidación de materias minerales que hay en las capas profundas de la tierra, y estos gases y estas materias necesitan escapar por algún sitio y buscan para su salida los caminos ya abiertos que son las chimeneas de los volcanes. Todas las erupciones van precedidas de una impetuosa salida de piedras, tierra, y en general de todo lo que destruye el conducto de la chimenea. Un caso semejante ocurre en las grandes riadas que bajan por los cauces de los ríos. Delante del agua, y al impetuoso empuje de esta, va un enorme tropel de pedruscos, haciendo un ruido ensordecedor. En algunos parajes conocen la proximidad de una inundación por el ruido lejano de estas piedras que van rodando a la cabeza del torrente de agua y gracias a este providencial aviso se han puesto en salvo muchas vidas en no pocas ocasiones.
—Dime, querido buho, ¿arde el sol, o le pasa lo mismo que al fuego central de la tierra?
—Le sucede exactamente lo mismo. Ya comprenderás que si el sol ardiese, se iría reduciendo su tamaño lenta, pero constantemente, y sin embargo no ocurre esto.
El sol se halla también en estado de incandescencia y despidе por tanto luz y calor, pero no arde. Si la tierra estuviese toda ella en el mismo estado incandescente que está su centro, también tendría luz propia como la tiene el sol.
—Pero entonces no podríamos vivir en su superficie porque nos achicharraríamos.
—Está bien hecha tu observación. Por lo menos los habitantes terrestres no podrían ser como nosotros somos. Tendrían que vivir en un ambiente de fuego y nosotros no estamos hechos para esa vida.
—Oye, sabio buho, ¿los astros que tienen luz propia están también incandescentes?
—Naturalmente, por eso brillan. En cambio los que solo se ven por la luz que reciben del sol, es que están apagados, o por lo menos la parte incandescente la conservan en el centro de su masa, como le ocurre a la tierra.
—¿Y tú crees que esta incandescencia terminará algún día?
—Es indudable. A medida que los astros se van enfriando va perdiéndose el calor que hay en su centro y llegará un momento en que habrá de extinguirse por completo.
—Miedo me da pensar en el día que la tierra pierda su fuego central y se quede tan fría como la luna ¿qué pasará entonces?
—Nadie puede saberlo. Pero duermes tranquilo que de aquí a entonces faltan muchísimos siglos.
—Y más tremendo todavía será el día en que falte el calor y la luz del sol.
—Mucho más terrible, no cabe duda; pero ¿quién piensa en semejante cosa?



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Currinche
Luis Vidal Ribas



Caballero romano
Manuel Becerra



Un boxeador
Andrésito Ruiz de la Rosa



El novio de Nieves
A. R. R.



Un mejicano
Carlos E. García



Un cow-boy
Rafael Serra



Romeo y Julieta
Margarita García Conde



Pinocho futbolista
Manolo Eraso



Puente - Victor Gutierrez



Pinochista
Inés Jaraquemada - 13 años.



Un conejito
M.ª Rosa Hanch



El gran Don Turu
Daniel Ortiz



Niño pera
Ramón Jaraquemada



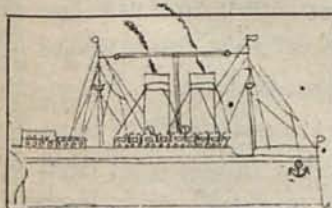
Un espadín español
Fermín Cejudo - 9 años



Pobres pollitos
Teresa García



Una mirona - T. G.



Un trasatlántico
Fernando Vilarín - 10 años.



Don Turulato
Francisco Canaleiro

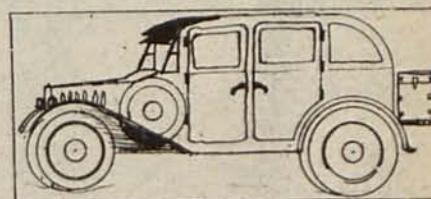
EL REY SANSEACABÓ



El Rey Sanseacabó

es uno de los ocho tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta



Un auto - Carlos de Clouet



Reina comino
Joaquina Jaraquemada - 9 años



Niña tomando chocolate.
José Bernúco



Un indio haciendo la guardia
ARACELI MENDEZ - 12 años



Un Bugatti
José Antonio Medina - 10 años.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

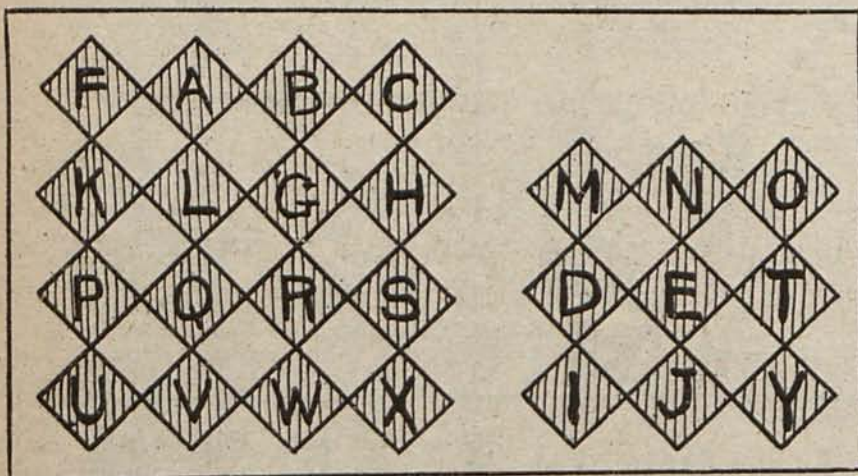
LA TORTUGA Y LOS CONEJOS



Una tortuga y dos conejos están ocultos entre matorrales. Están tirando piedras a estas inofensivas ranas que véis en primer término.

A la del primer término ya la han puesto un ojo a la moda.

EL ABECEDARIO



En primer lugar, debéis coger unas tijeras... ¿las teneis ya? Pues... ¡ajaja! ¡manos a la obra! Con los dibujos que van adjuntos y mediante el menor número de cortes formar un cuadrado en el que las letras estén por orden alfabético...

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 224
DE JUNIO

Envío del Pinochista D.



ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright 1937 by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

A TITINA LE GUSTA EL CHOCOLATE

¡Toma! y a mí también. Apuesto que ni una sola Pirulinda habrá dejado de lanzar esta exclamación al leer el título que encabeza estas líneas.

Pero no os hagáis ilusiones; os gustará mucho el chocolate, como a mí, como a todo el mundo, pero lo que es tanto como a Valentina (o sea Titina), no le gusta a nadie.

Por la mañana, se desayuna con chocolate, unas veces a la francesa y otras a la española; por las tardes, merienda una onza de chocolate; las comidas que mejor le saben son las que terminan con algún postre de chocolate; si la llevan a una pastelería, nadie se toma el trabajo de preguntarle qué pastel o qué helado elige; unos y otros han de ser de chocolate, invariablemente. Y si le regalan bombones, hay que esconder la caja para que no dé fin a su contenido, al momento.

Ni que decir tiene que los bombones que le regalan son de chocolate siempre; nadie que la conozca le causaría el dolor de regalarle bombones de caramelo o de frutas.

No vale la pena preguntarse lo que haría Titina si el chocolate no se hubiese inventado; lo inventaría ella, no cabe duda.

Titina no concibe la existencia sin chocolate para endulzarla, y hasta hace pocos días no sospechaba que el chocolate fuese de invención relativamente reciente, pues solo data del siglo XVI; cuando se lo dijo, se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en las pobrecitas niñas que vivieron en aquellos tristes tiempos en que no existía el chocolate.

¿Cómo iba a haber chocolate en Europa, si el chocolate se fabrica con cacao y el cacao ha venido de América y América no había sido descubierta?

Esto ha sorprendido mucho a Titina que es un poco ignorantuela porque se preocupa más de saborear chocolate que de estudiar; figuraos que la muy tontona se creía que el chocolate ¡sale de una planta que se llama chocolatera!

La he sacado de su error, explicándole lo que todas vosotras sabéis ya, poco más o menos; y es que el chocolate se hace con los granos del cacao; este cacao es un árbol que mide unos diez a quince metros de altura; tiene ramas rectas y delgadas y produce unas flores pequeñas y rojizas que se convierten en frutas bastante grandes, puesto que alcanzan unos veinte centímetros de largo; estas frutas son lisas y amarillentas, tienen la forma de un pepino y encierran unos granos algo mayores que las almendras corrientes.

Las almendras del cacao se encierran en grandes cajones de madera, se cubren con hojas de plátano y se dejan varios días hasta que fermentan; entonces, se sacan y se ponen al sol a secar; cuando están secas, se fabrica con ellas, mezclándolas con azúcar, el chocolate.

Todo esto lo inventamos nosotros los españoles,—bueno, nosotros precisamente, no; pero, en fin, nuestros antepasados—hace cuatrocientos años, al descubrir en México el árbol del cacao con cuya fruta los indígenas, unos pobres indios medio salvajes y que iban casi desnudos, sabían ya fabricar bebidas deliciosas.

Por lo tanto, los españoles han sido los inventores del chocolate, y tanto les gustó el nuevo invento, que guardaron secreta la fórmula de la fabricación de lo que se llamaba «bebida de los dioses», hasta que los franceses lograron dar con ella, cuando hacía ya más de un siglo que la veníamos disfrutando.

Después de oír la historia del chocolate, Titina que me estuvo escuchando boquiabierta (como si fueran a caerle dentro unas cuantas onzas) se quedó silenciosa por espacio de tres minutos; yo comprendí que este mutismo, desusado en ella, era indicio de una meditación profunda.

Y, en efecto, transcurridos los tres minutos, Titina exclamó:

—¿Sabes lo que te digo, Pirula? Pues te digo que ahora si que comprendo que el descubrimiento del Nuevo Mundo por el Señor Colón, ha sido una cosa muy grande y muy provechosa, puesto que de allí ha venido el cacao con el cual se fabrica el chocolate.

—¿Nada más que por eso, Titina?

—¡Anda! ¿Te parece poco?

Y como sonaba la hora de la merienda Titina corrió a ponerse unos bigotes... de chocolate naturalmente, que le lle-

gaban hasta las orejas. Menos mal que como es cuidadosa no se manchó también su vestido que es, como podéis ver adjunto, un modelito muy mono, de shantung verde; el cuerpo va pegado formando ondas bordadas, a la falda compuesta de volantitos fruncidos.

Pirula repostera

BUÑUELOS TITINA

Quedamos en que a nadie le gusta el chocolate como a Titina; pero «casi» tanto como a ella, de fijo que les gusta a «casi» todas mis demás Pirulindas.

Por lo cual, creo que no les desagradará conocer una nueva manera de saborearlo. Esta manera es la de ciertos exquisitos buñuelos de chocolate cuya receta os voy a dar ahora mismo:

Se diluye una cantidad bastante grande de chocolate en un poco de agua; luego, se pone a cocer con leche, en cantidad estricta; poco a poco, se van mezclando al chocolate dos cucharadas grandes de fécula de patata diluida en en leche, y tres o cuatro yemas de huevo.

Se deja que hierva esta mezcla unos cinco minutos, sin cesar de agitarla; si es preciso, se le añade otro poco de fécula para que la crema espese.

Esta crema se deja en una fuente hasta que se enfríe; entonces, se corta en ruedas que se rebozan y se fríen en aceite hirviendo como si se tratase de buñuelos corrientes.

Si os parece, daremos a nuestros buñuelos el nombre de Titina; bien merecido se tiene este honor una «chocolatera» tan apasionada.



GALINDO

GALINDO